



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Batsaki, Yota, Cahalan, Sarah Burke y Tchikine, Anatole (eds.): *The Botany of Empire in the Long Eighteenth Century*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, 2016.**

**Adrián Viale**

*Universidad Pedagógica Nacional*

*adrianviale@gmail.com*

*Fecha de recepción: 15/11/2017*

*Fecha de aprobación: 27/11/2017*

**E**ste bellissimo volumen, que estudia variados problemas relacionados con el desarrollo de la botánica en el contexto imperial del largo siglo XVIII, tuvo su origen en un simposio llevado a cabo en octubre del 2013 en Dumbarton Oaks, institución de Harvard ubicada en Washington D.C., especializada en estudios bizantinos, precolombinos y paisajísticos. Puede vérselo como parte de una serie de estudios comenzados hace ya unas décadas —en el marco más general de las indagaciones sobre la intersección entre ciencia e imperialismo— que analizan la relación (necesaria, pero no siempre explícita) entre el desarrollo de la botánica ilustrada y los imperios de la era moderna. El imperialismo fue una condición *sine qua non* del desarrollo de esta disciplina, habida cuenta que el descubrimiento, descripción y catalogación de nuevas especies precisaba de viajes, muchas veces grandes expediciones, a lugares desconocidos, que iban por lo general de la mano de la conquista política, la diplomacia o el comercio.

El libro se sitúa en el largo siglo XVIII, es decir el momento en que la botánica deja de estar contenida en un marco epistemológico mayor, la teoría médica, y se vuelve una ciencia por derecho propio, como parte, según los autores, de un sistema que rastrea sus orígenes en el surgimiento de la producción de azúcar basada en trabajo esclavo en las islas del Caribe y en Sudamérica durante la década de 1670 (p. 4), y que vería sus décadas de esplendor, siguiendo el sistema de clasificación de Linneo, entre los siglos XVIII y XIX. La botánica se transformó en esta época en una enorme disciplina que combinaba el conocimiento científico, la producción agrícola, la creación artística, el intercambio diplomático y el desarrollo comercial y económico.

El libro presenta varias características originales. En primer lugar, no estudia únicamente el conocimiento botánico relacionado con los imperios originados en Europa occidental. Por el contrario, analiza otros Estados, los orientales en particular, como poderes que no eran meramente pasivos frente a la agencia colonial europea. Centro y periferia no son de esta manera entidades estables en el análisis; por el contrario, la circulación del conocimiento y de las plantas podía tomar las más variadas formas. La relación entre ciencia e imperio, por otra parte, se matiza en general de una forma muy elegante. Se destaca en particular que las motivaciones económicas y comerciales detrás del desarrollo de la botánica, bien que existentes, no eran las únicas, y a veces ni siquiera las principales. Se complejiza también la relación entre los individuos y las necesidades de los respectivos imperios. Se subraya en fin que una visión demasiado simplista de la relación entre los practicantes de la botánica y los imperios no tiene en cuenta los intereses y decisiones personales de los sujetos, las diversas agendas gubernamentales e institucionales, las interacciones con agentes políticos, la dependencia de saberes locales, las estrategias de auto-promoción (p. 11). El libro otorga así imágenes equilibradas y lúcidas de la relación entre la botánica, sus practicantes, y el marco en el que desarrollaban sus tareas.



Es inevitable en el comentario de un libro colectivo, aún a riesgo de ser tedioso, realizar un breve compendio de los artículos que lo componen. Además de una introducción, la obra se divide en cuatro partes. “Botanical Ambitions” es la primera y se intenta allí dar cuenta de la visión global que debe utilizarse como marco a la hora de abordar estos estudios. El primer artículo, “Botanical Conquistadors. The Promises and Challenges of Imperial Botany in the Hispanic Enlightenment”, pertenece a Daniela Bleichmar, quien analiza allí las expediciones científicas ilustradas que la corona española envió a sus posesiones americanas durante la segunda mitad del siglo XVIII, así como el ingente material visual que las mismas produjeron<sup>1</sup>.

En el siguiente artículo, “The Geography of Ginseng and the Strange Alchemy of Needs”, Shigehisa Kuriyama escribe sobre el ginseng. Kuriyama ubica un hito fundamental en el descubrimiento occidental de sus propiedades medicinales a partir de una carta escrita en 1711 por el misionero jesuita Pierre Jartoux, publicada en el décimo tomo de las *Lettres édifiantes et curieuses* y traducida al inglés en el volumen 28 de las *Philosophical Transactions of the Royal Society*<sup>2</sup>. Lo llamativo es que a partir del análisis de las condiciones que hacían posible la existencia del ginseng, Jartoux conjeturó que la misma planta podía llegar a ser encontrada en Canadá<sup>3</sup>, un lugar en el que jamás había estado y que solo conocía a partir de las descripciones realizadas por otros. Apenas unos años más tarde, en 1715, el misionero jesuita Joseph-François Lafitau leyó en Canadá la narración de Jartoux y comenzó a buscar la planta, que encontraría en efecto unos meses más tarde. Al mismo tiempo, Japón intentaba trasplantar el ginseng y producirlo en su territorio, puesto que la compra de este producto provocaba un gran problema a su balanza comercial, al punto que había intentado limitar su importación, generando problemas de contrabando. Los intentos de trasplantar el producto insumieron mucho trabajo: era tan difícil conseguir muestras de la planta como lograr controlar el proceso de su crecimiento, algo que recién se lograría en la década de

---

1 El capítulo se basa en su excelente libro *Visible Empire: Botanical Expeditions and Visual Culture in the Hispanic Enlightenment*, Chicago, University of Chicago Press, 2012. Ver para más información nuestra propia reseña en *Rey Desnudo*, No. 4, 2014, pp. 235-240.

2 Pierre Jartoux, junto con otros jesuitas, estaba cartografiando China para el emperador.

3 Tal como Canadá podía ser entendido por un francés del siglo XVIII, difusamente Norteamérica.

1730, hasta convertirse finalmente en una planta abundante y cuyo precio estaba al alcance de todos, y que hasta sería exportada a la misma China como una variante mucho más accesible que la local. El artículo es, en fin, una gran exhibición del poder de conexión entre diversas partes del mundo que tenía la botánica ilustrada.

El artículo de Bianca Maria Rinaldi, “Weeping Willows and Dwarfed Trees. Plants in Chinese Gardens under Western Eyes”, analiza la visión occidental sobre los jardines chinos. En primer lugar, se los veía como el producto de un imperio ilustrado que, como el confucianismo, podía contraponerse a las monarquías autocráticas europeas, en particular la francesa. Más tarde se los vería como evidencia de una sociedad decadente, un cambio que se produce en particular desde finales del siglo XVIII y que va de la mano del crecimiento del Imperio Británico en el sudeste asiático y de la decadencia de la dinastía Qing, expresándose en particular a través de las críticas a su política comercial, y rematando en las guerras del opio de mediados del siglo XIX.

En fin, Anatole Tchikine, con su artículo “Echoes of Empire. Redefining the Botanical Garden in Eighteenth-Century Tuscany”, estudia la redefinición de los jardines botánicos, analizando en particular el cambio en su sentido que ocurre en la Toscana durante la segunda mitad del siglo XVIII, al establecerse métodos más eficientes de explotación del potencial productivo, con jardines con una orientación más práctica que respondían a necesidades globales. Tchikine marca como un momento de gran relevancia la clausura en 1783 del Giardino dei Semplici florentino (perteneciente a la Società Botanica Fiorentina desde 1718) y su reemplazo por el Orto Agrario Sperimentale de la Accademia dei Georgofili, una academia centrada en el mejoramiento de la producción agrícola fundada en 1753. El artículo estudia además el desarrollo de los diversos tipos de jardines en Toscana desde sus orígenes monásticos, yendo de los jardines médicos con propósitos farmacéuticos a los de tipo académico surgidos a partir de la recepción de plantas de diversas partes del mundo, hasta llegar a aquellos en los que primaban las razones económicas, siempre aclarando que estos jardines podían existir en diversos lugares, pertenecer a distintos tipos de personas o instituciones, y tener objetivos variados, destacando además la conexión que existía, a partir de redes de intercambio de materiales y conocimiento, entre jardines de diversas regiones.



La segunda parte del libro se titula “Agents of Empire?” La interrogación enfatiza, por supuesto, el carácter crítico que los autores tienen sobre este concepto, viendo a la figura del explorador botánico como algo más que un simple agente imperial<sup>4</sup>. Esta visión no está exenta de problemas, habida cuenta de que la condición indispensable del gran crecimiento de la ciencia botánica durante el periodo fue justamente su desarrollo en un marco imperial. La matización es sin embargo totalmente certera, ya que llama la atención sobre el problema de ver a individuos de diversas naciones, clases sociales, posiciones de poder, etnias y género como simplemente determinados por el contexto imperial en que se desenvuelven.

Sahar Bazzaz escribe su artículo “The Politics of Secular Pilgrimage. Paul-Émile Botta’s Red Sea Expedition, 1836-1839”, sobre Paul-Émile Botta, un típico hombre de ciencia decimonónico, multidisciplinario, cuya labor como botanista se entrecruzaba con su trabajo diplomático y arqueológico en tierras otomanas. Botta es recordado como el arqueólogo que descubrió la ciudad asiria de Dur Sharrukin, con el palacio de Sargón II. Bazzaz intenta redescubrir un aspecto menos conocido de su vida: su labor como naturalista durante una expedición al Yemen, realizada para el Muséum National d’Histoire Naturelle parisino, que culminaría con la publicación de su libro *Relation d’un voyage dans l’Yémen entrepris en 1837 pour le Muséum d’Histoire Naturelle de Paris* (1841)<sup>5</sup>.

Botta veía su viaje como heredero del emprendido siete décadas antes por el apóstol linceo Peter Forsskål, quien había visto su vida interrumpida trágicamente como miembro de la famosa expedición danesa a Arabia organizada por Johann David Michaelis con el objetivo de mejorar el conocimiento geográfico y cultural —pero también filológico, a partir de la copia de inscripciones y la adquisición de manuscritos— del Antiguo Testamento, y cuyo único sobreviviente había sido Carsten Niebuhr. Es interesante destacar que el viaje de Botta se realizaba en un mo-

---

4 cf. Mackay, David: “Agents of Empire: The Banksian Collectors and Evaluation of New Lands”, en Miller, David y Reill, Peter (eds.): *Visions of Empire: Voyages, Botany, and Representation of Nature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 38-57.

5 Bazzaz no utiliza este libro. Además de epístolas, la autora utiliza una narración de Botta más corta titulada “Notice sur un voyage dans l’Arabie Heureuse”, publicada en *Archives du Muséum d’Histoire Naturelle*, Vol. 2, 1841, pp. 63-88.

mento por demás complejo, en el instante exacto en que el tradicional sistema yemení de imanes zaidíes, basado en un monopolio de la exportación de café que permitía sostener un ejército mercenario y una amplia burocracia, había entrado en crisis ante la competencia por el crecimiento de la producción en otras regiones. Al presentarse el proyecto para el viaje, las dos costas del Mar Rojo se encontraban ya bajo control del Egipto otomano, lo cual favorecía la empresa. Bazzaz destaca con acierto que Botta se presentaba a sí mismo como el hombre indicado para realizar el viaje no por sus cualidades científicas, sino por su conocimiento de la región, las costumbres, el idioma y la política local.

El artículo de Ian Glenn, “François Le Vaillant. Resistant Botanist?”, estudia la carrera de este etnógrafo, ornitólogo y botanista que trabajó en Sudáfrica entre 1781 y 1784. El rechazo por parte de Vaillant del sistema clasificatorio de Linneo, a causa de la simplificación que producía, es visto por Glenn como una forma de resistencia a un sistema imperialista de orden y control, que acompañaba a su vez una atención al conocimiento local en determinadas circunstancias. El autor rechaza de esta manera una visión simplista que vería en todos los agentes una mirada imperialista única y homogeneizadora.

Finalmente, James Beattie escribe el artículo “Thomas McDonnell’s Opium. Circulating Plants, Patronage, and Power in Britain, China, and New Zealand, 1830s-50s”, que trata sobre los diversos niveles en los que podía actuar un botanista como Thomas McDonnell, comerciante de opio, coleccionista de flora exótica india y china en Nueva Zelanda, y productor de publicaciones científicas de ejemplares neozelandeses para Londres. Se ven de esta manera los diferentes valores y significados que podía adquirir un ejemplar botánico, no solo de acuerdo al contexto en que era producido, sino también al marco en que era estudiado y/o presentado.



La tercera parte del libro se titula “Botanical Itineraries”, y consta de tres trabajos. Con el artículo “On Diplomacy and Botanical Gifts. France, Mysore, and Mauritius in 1788”, Sarah Easterby-Smith analiza la movilidad de personas y plantas a pedido de Tipu Sultan, gobernante de Mysore durante las últimas dos décadas del siglo XVIII, a partir de una misión diplomática enviada a Francia en 1788. Francia cultivaba a Tipu como aliado en razón de una mutua anglofobia<sup>6</sup>, y a través de la embajada el gobernador de Mysore pedía diversos regalos y productos a Luis XVI, entre ellos algunas especies tanto nativas como no nativas de Francia, así como gente que pudiera ocuparse de su producción. Esta demanda se daba en el marco de pedidos mayores asociados a los desarrollos contemporáneos relacionados con la revolución industrial. Se ve en este artículo cómo las plantas podían convertirse en objeto de diplomacia, y se estudian además los individuos que participaban de esta diplomacia aún sin ser miembros de la elite gobernante.

En su artículo “Balsa Rafts and a Bountiful Harvest from Ecuador”, Colin McEwan estudia por su parte las formas de transporte fluviales atestiguadas por Alexander von Humboldt en su conocida travesía americana, llamando la atención en particular sobre las balsas. El autor analiza las descripciones europeas de esta forma de comunicación, deteniéndose además en particular en la *Relación histórica del viage a la América Meridional* (1748), de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que fuera sumamente influyente en toda Europa.

La tercera parte se cierra con el artículo de Rachel Koroloff, “‘In Imperio Rutheno’. Johann Amman’s *Stirpium rariorum* (1739) and the Foundation of Russia’s Botanical Empire”, que trata sobre las aspiraciones imperiales zaristas tal como eran presentadas en la primera flora comprehensiva del Imperio Ruso, realizada por Johann Amman durante la década de 1730. Koroloff destaca que el trabajo de los sabios occidentales en el imperio zarista se asentaba sobre largas redes y antiguas tradiciones propiamente rusas, que permitían la realización de proyectos a gran escala, como las expediciones científicas que descubrieron especímenes y permitieron la

---

6 Durante la segunda mitad del siglo XVIII Mysore peleó cuatro guerras contra la East India Company. La tercera ocurriría apenas después de la embajada, en 1790-1792. La cuarta, que sería el fin de Tipu Sultan, ocurriría en 1798-1799, como respuesta inglesa a la invasión francesa de Egipto.

producción de aquella obra. Amman trabajaba en particular sobre diversas colecciones acumuladas desde la década anterior y su libro muestra notablemente preocupaciones con las fronteras sur y oriental. No era tanto, como nos dice Korollof, una flora del Imperio Ruso, como una flora de sus ambiciones imperiales.



La última parte del libro se titula “Cultivating Identities”, y analiza cómo la botánica podía servir de vehículo para la creación de identidades sociales, políticas, locales. Romita Ray, en “Ornamental Exotica. Transplanting the Aesthetics of Tea Consumption and the Birth of a British Exotic”, estudia el consumo de té en Inglaterra, su papel económico, su influencia en la producción estética, y su rol en la sociabilidad.

Miranda Mollendorf, en “Allegories of Alterity. Flora’s Children as the Four Continents” analiza por su parte el *Temple of Flora* de Robert John Thornton, tercer volumen de su *New Illustration of the Sexual System of Carolus von Linnaeus*, probablemente el libro sobre flores más bello de la historia, al mismo tiempo que un emprendimiento editorial fracasado. Lo que puede verse en esta obra es la flor como un producto que podía ser comprado, coleccionado, intercambiado, así como una descripción de las flores que, a partir de una división en cuatro continentes, articulaba visiones particulares sobre raza, género e hibridaciones relacionadas con distintas partes del mundo.

El artículo de Deniz Türker se titula “Ottoman Horticulture after the Tulip Era. Botanizing Consuls, Garden Diplomacy, and the First Foreign Head Gardener”. En él se analiza la horticultura otomana en el periodo posterior a su gran auge ocurrido durante el periodo de los tulipanes. Es decir, se comenta a partir de una variada serie de figuras la etapa que sigue al reinado de Ahmed III y de su gran vizir Nevşehirli Damat Ibrahim Paşa, finalizado de manera violenta en el año 1730, con énfasis particular en los años finales del siglo XVIII, bajo los reinados de Abdulhamid I y Selim III, hasta arribar en particular al análisis de la labor del alemán Jacob Ensle en los jardines de Topkapi.

Los dos últimos artículos tratan sobre obras específicas. Carla Nappi escribe “Making ‘Mongolian’ Nature. Medicinal Plants and Qing Empire in the Long Eighteenth Century” para analizar el manuscrito de un monje budista mongol, producido durante la era Qing. Lo que la autora destaca a partir de su estudio es la multiplicidad identitaria Qing, así como una botánica que era visual y epistemológicamente multiétnica y multilingüe, claramente diferente de la botánica monolingüe linneana que triunfaba en Europa.

Amy Myers cierra el libro con su artículo “William Bartram’s Drawing of a New Species of *Arethusa* (1796). Portrait of a Life”, que se ocupa de una obra de William Bartram, viendo esta producción no como una afirmación de un excepcionalismo republicano en los nacientes Estados Unidos, que rompía de manera revolucionaria con su pasado, sino por el contrario como una instancia que marcaba una continuidad con el largo periodo colonial.



La obra, repetimos, es sumamente interesante y sirve como un buen muestrario del inteligente trabajo realizado por los historiadores de la ciencia que han visitado la historia de la botánica de los siglos XVIII y XIX durante los últimos años. Más allá de nuestros breves resúmenes y contextualizaciones, el libro trata una gran miríada de temas, discute diversos problemas que no hemos mencionado y abre tanto nuevas interpretaciones como nuevas cuestiones. Destacamos en fin que el simposio fue realizado en el marco de los 50 años de vida de la biblioteca de libros raros de Dumbarton Oaks, intentando subrayar la importancia de la cultura material en las prácticas botánicas del largo siglo XVIII (p. 20-31). Seguramente por esta razón muchas de las bellísimas ilustraciones publicadas en este volumen provienen de esta misma colección.